

ta, Dios no le ha dado tan solo una frente sublime para mirar al cielo; le ha dado una alma bastante grande para buscar lo infinito; y él también grita desde el fondo de esta alma, que entrevé la infinita belleza y la grandeza infinita: *sursum corda*; en presencia de las visiones sublimes, siente nacer en él amores sublimes, y los amores sublimes lo arrebatan, con su ímpetu natural, hacia todas las cosas sublimes.

Pero, poned cuidado, esta noble necesidad de la grande alma popular puede extraviarse, y se extravía en efecto muy á menudo. La belleza y la grandeza convienen tan perfectamente á su lado sublime; siente por ambas una pasión tan sincera y á veces un entusiasmo tan sencillo, que aun su simple apariencia y su semejanza engañadora tienen el poder de encantarla, de seducirla y de dominarla.

Hé aquí también, Señores, cuál es la mayor perversión del arte en presencia del destino, y la mayor prevaricación de los hombres artistas ante la humanidad. ¡Es engañar ese régio instinto del alma popular; es dar al error el rostro de la verdad y al vicio la fisonomía de la virtud, ante sus ojos deslumbrados por el encanto de la belleza ficticia; es sobre todo, como luego veremos mejor, hacer prevalecer en las obras del arte la belleza del cuerpo sobre la belleza de las almas, y las sensaciones de la carne sobre las impresiones del espíritu: es, en suma, por un espantoso abuso del poder y de la dominación, manifestar para abajar, para corromper y para pervertir, toda la energía, fuerza, talento y génio que se ha recibido para purificar, sanar y elevar el alma humana, es hacer de ese pueblo engañado, cuyas pasiones y perversos instintos se lisongeán, el ludibrio de sus propios aplausos y la víctima de su admiración, dándole á aplaudir como obras maestras del arte y milagros del génio, las ignominias de un arte

pervertido y algunas veces las mogigangas de la belleza enmascarada; es en fin, voltear insolente y sacrílegamente el arte en sentido inverso de su destino, condenándolo á hacer descender todo lo que debía hacer subir, y á hacer gravitar hacia la nada lo que debiera hacer gravitar hacia el infinito! . . .

... labiv arteum ob latitau arte al h ma eereit
arrillixna eestallid y sonamoni eestititA;
Arístias nobles hómnes y brillantes hostitit ni eevere
de nuestro apostolado! No juzguéis hostitit ni eevere
vues- ob xaxbúas al ramclama la grandeza de vues-

Hé aquí que he hablado de la vocación del artista proclamada por el arte mismo, por su naturaleza, por su génio, por su poder. ¡Qué vocación es tal vocación! ¡Qué ministerio tal ministerio! ¡Nobles predestinados del arte! ¡Á vosotros más que á nadie toca comprender, al par que vuestra dignidad, la gran misión que esta os impone en nuestra humanidad, que quiere engrandecerse sin cesar y elevarse siempre! . . .

Pero, Señores, permitidme que os pregunte aquí: ¿no hay entre vosotros desertores de su vocación, y apóstatas de su sacerdocio? ¡Ay de mí, ay de mí! No puedo menos que confesarlo; cuando despues de haber visto en el firmamento del arte, la pura estrella que debe guiar vuestras marchas ascensionales, vengo á mirar la tierra y á echar una ojeada sobre el dominio de las artes, tal como tienden á formarnos ciertos génios rebelados contra su destino, experimento en mi alma no sé qué sentimiento indefinible en que la indignación parece mezclada con la tristeza; y exclamo en vista de estas prevaricaciones y de estas apostasías: ¡Qué! ¡Han recibido el don del cielo y no hacen uso de él más que para manchar la tierra! ¡Han recibido el beneficio de Dios, y ¡oh ingratitud!, parece que no se sirven de él sino para profanar la humanidad! ¡Tienen en su génio mismo el poder de remontarse hasta el cielo; y hé

aquí que no muestran en la abyeccion de sus obras sino la profundidad de sus caídas!... ¡Qué! ¡Debían arrebatarnos y llevarnos consigo, como los ángeles del paraíso, al cielo de los espíritus, y hé aquí que nos hacen descender con ellos, ángeles caídos y degradados, á las mas bajas regiones de la carne, inferiores aun á la esfera natural de nuestra vida!...

¡Artistas: nobles hermanos y brillantes auxiliares de nuestro apostolado! No juzgueis hostil ni severa una palabra que, al proclamar la grandeza de vuestra dignidad y la gloria de vuestra vocacion, tiene derecho de señalaros vuestros deberes y de protestar contra vuestras prevaricaciones. Yo reconozco, por otra parte, que todo el arte contemporáneo no ha repudiado, no, su dignidad, ni faltado á su vocacion. Un país que ha visto aparecer tan recientemente las obras de los Flandrin y de los Ingres, puede aun, con razon, enorgullecerse de sus artistas y de sus obras. Pero no podeis ignorar que el grande arte tiene sus desertores y sus traidores, y que es menester poner término á estas traiciones al arte, que son tambien traiciones á la humanidad. ¡Ah! Si quisierais, á fuerza de elevar vuestros corazones con vuestro génio, y á fuerza de poner en vuestras obras la verdadera belleza artística, nos haríais avergonzar de nuestras fealdades morales. ¡Ojalá que al menos este inalterable instinto de la perfeccion, de la pureza y de la belleza, que es el fondo glorioso de nuestras almas, no tenga nunca que protestar contra las manifestaciones degradantes de lo impuro y de lo deforme! Y si la elevacion y la pureza de vuestras obras no pueden llegar á hacernos avergonzar del oprobio de nuestras costumbres, ¡que al menos no tengamos jamás que avergonzarnos nosotros del oprobio de vuestras obras! ¡Ojalá, en fin, que este grande é ilustre teatro que la Francia va á fabricar á vuestro génio, convocando á la Europa y á ambos

Mundos para admiraros y aplaudiros, no sea la celebridad de nuestros vicios, de nuestra vergüenza y de nuestra degradacion, sino una ilustracion legítima de vuestras virtudes y de vuestras artes, de todas vuestras grandezas y de todos nuestros progresos!

